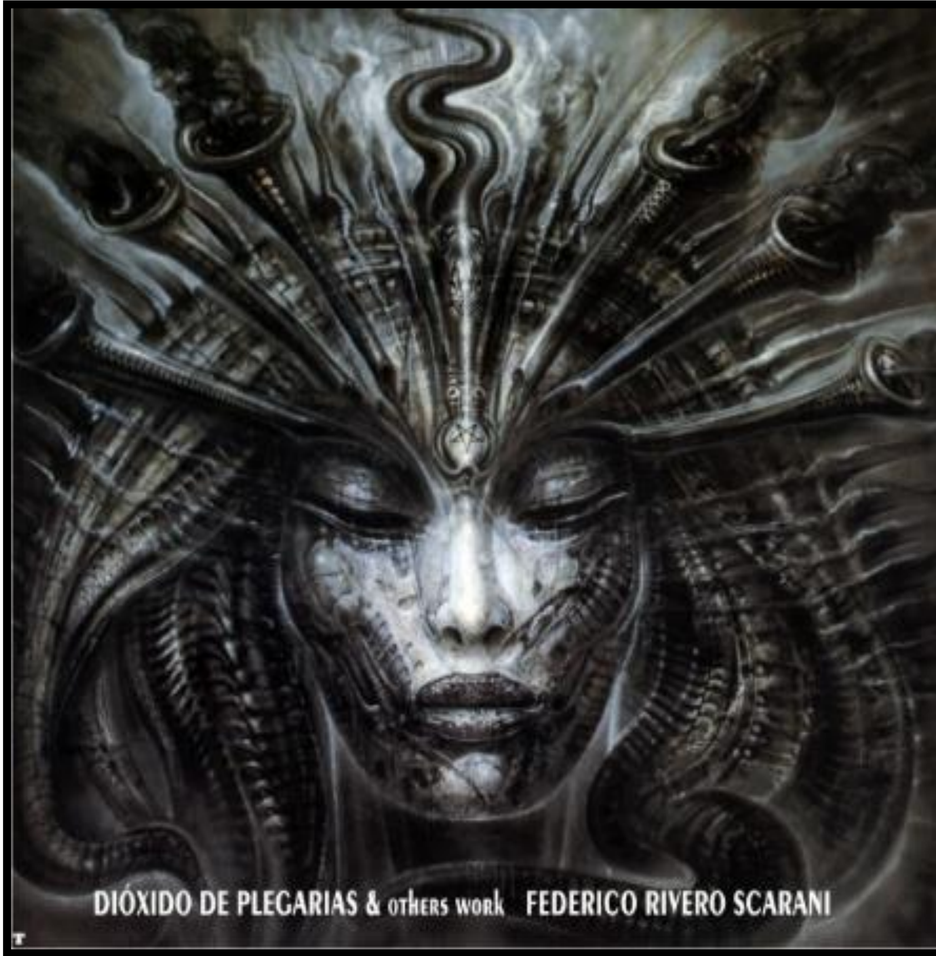


"DIÓXIDO DE PLEGARIA"

C O2 P federico rivero scarani

"CUANDO HABLÓ LA ESFINGE"

Esto aconteció hace miles de años antes de las Sagradas Escrituras.

— ¡Oh, Anat! ¡Oh, Anshar! ¡Salvadores y guardianes de mi vida pasada, presente y venidera! Así imploraba aquel peregrino del desierto con el rostro hacia el cielo para luego bajarlo hasta colocar su frente contra la sedienta arena a la sombra de la descomunal cabeza de la Gran Esfinge.

—¡Hermes, protégenos de todo mal! ¡Perdona nuestras ofensas!

Así clamaban antiguas voces similar a un coro de todas las eras, y que parecían salir de la ardiente arena.

—¡Excelso dios del Infinito, dador de la vida, gran dios del Desierto, del Valle del Nilo y de la Eternidad!

Mientras, los hombres, con las harapientas, raídas y gastadas ropas que alguna vez fueron blancas como sus ánimas, deambulan lentos por sus caminos al lado de sus camellos resignados y azotados duramente por los áridos vientos del desierto.

La Gran Esfinge, impávida, serena, los ve alejarse y, suspirando, confiesa bajo el ardiente sol:

—¡Yo, la reina de estas regiones, fui la primera en revelar a los hombres el misterio de la vida escondido en el maíz, en el trigo, y en el fuego antes que el titán Prometo se lo cediera al hombre! Lo conocí cuando desafió a Zeus, y lamenté la eterna condena a la que fue sentenciado. ¡Yo, que inspiré a la Vida, desde siempre, he visto desafiar a la Muerte con arrogancia e ignorancia!

Sí, he de confesar que vi, escuché y sentí el tacto de millares de gente sufriente. ¡Fueron (y son, y serán), tantos, desde la aurora de la Humanidad…! Así es, porque en mí están grabadas sobre mis piedras la Historia, las Religiones y la Poesía de hombres de supremo pensamiento, que, lamentable y paradójicamente, son hoy ánimas ignoradas. Sin embargo, quedó en mis vidas el recuerdo, y en mí renació las diversas culturas desaparecidas mucho antes de

comenzar tu Sabiduría. ¡Oh tú, Siracides, el Sabio! ¡Tú, que me escuchas en estos tiempos oscuros que no acabarán! Mi vista se pierde en la distancia inmensa, hacia la Constelación de Taurus, entre el polvo de los siglos, de las edades, de los milenios, de los cataclismos y en el vibrar del sol candente sobre el gran desierto que fue oasis.

He visto a tantos hombres dolidos, hambrientos de comida y de saber pasar cabizbajos frente a mí, llevando su miseria, rogando plegarias a sus dioses protección y guía.

Y también he visto caminar a los profetas de largos cabellos, poetas de dulces palabras como la miel, hombres con pensamientos profundos igual al eterno Cielo, gente de verdades del Cielo y la Tierra. También he visto andar a millares de guerreros, con estandartes de humo ensangrentado, criaturas arrogantes que jamás elevaron más que tormentas oscuras de polvo y sangre en las que escondieron su vergüenza, su vileza, su maldad…

Hombres, si así se les puede llamar, sin alma ni espíritu, con un corazón motivado por ilusoria grandeza; hombres cargados iguales a bestias famélicas de carne. Sí, frente a mí han pasado atlantes, sumerios, babilonios, hebreos, e intrépidos griegos y ya no sé ni cuántas eximias y avasallantes culturas, razas y héroes. Muchos reyes y vasallos buscando el camino que los condujo siempre hacia espejismos.

Atiéndeme, Siracides de Egipto, ya desde mucho antes de Troya se afirmaba que el hombre temía al Tiempo, pero es el Tiempo quien le teme a las pirámides y a la Esfinge. Y el Tiempo nos teme porque somos y seremos libros abiertos para aquellos elegidos que nos sepan leer e interpretar; en nuestras páginas de piedra de luz está lo que Este hizo de las humanidades que desaparecieron junto con sus deidades, vanidades y quimeras.

Y llegando a nuevos tiempos (me resulta complejo a veces calcularlo…), deambularon a tientas gematryas, astrónomos y hermeneutas, matemáticos y teólogos, y otros hombres y mujeres sabios cuyas mentes se

hicieron sombrías contra la roca porque desentendieron a sus propios espíritus y como consecuencias de la confusio linguarum de Babel.

— ¡Ay de ti, peregrino que pisas las arenas que fueron vergeles! He aquí parte de esta historia del Egipto, que nació muchísimo después de que antiguas, desconocidas manos me esculpieron en la viva roca pangeana de este sacro sitio, para servir, sacrificar y fortalecer (así lo vio Ezequiel en su epifanía), como referencia a las edades pasadas que retornarán, y como testigo para tu actualidad la cual está ya paulatinamente desapareciendo. ¡Ayer, una catástrofe caída del cielo…! Y Mañana…, ¿cómo llamar a ese fragmento del Tiempo? ¡Oh, tú, quien escribió el libro Eclesiástico, tú que me escuchas atento y callado!, ¡endereza ahora, ya, tus caminadas porque tu porvenir se cumplió!

— ¡Ay de ti, trashumante del hoy por el desierto, y mañana, quizás, por nuestro cielo! Tú, que me has solicitado fresca sombra y que me ruegas protección, debes saber que durante milenios he sentido el azote de los calientes vientos, los cuales refracté hacia el Mare Nostrum, invadiendo a fenicios y griegos, a cretenses y romanos, como mis adivinanzas…

Te diré algo, caminante: deja de lado el sacrilegio de llevar algo de mi figura contigo porque son signos de que en algún momento de lo que llamas Historia será esencial para leer la única verdad que a muchos les gustaría saber. Antes de ti había un hombre que intentó desafiar tu destino, nuestros caminos se cruzaron y propuse un enigma. Lo resolvió y casi muero a pesar de que soy eterna. Cumplí mi palabra al convertirlo en Rey, pero su caída fue tan dura que perdió sus ojos. ¿Para qué los tendría si no miró su condición? Tiresias se lo dijo y el rey lo denigró. También lo son todos los hombres: criaturas arrogantes y ciegas que deambulan entre sus propios laberintos.

Fue durante los tiempos en que el hombre adoraba a dioses de piedra y bronce. Sin embargo, muchos llamaron a esta reverencia idolatría, blasfemia y superstición, se creían superiores, portadores de una verdad a medias y asesinaron en nombre de su dios.

Tenían la intención de diferenciarse; pero te diré, Siracides, que escribiste en nombre de ese dios, que los que somos de piedras antiguas sobrevivimos, y te doy la certeza de que los dioses humanizados han durado menos porque los vi nacer y morir durante miles de Milenios.

¡Oh, tú, que te detuviste frente a mí, rastreando huellas y verdades efímeras para saber por qué viniste a esta vida! Escuchaste y respondiste a mi mensaje nacido de una época en que los hombres no fueron creados, eran pensados en las mentes de los universos.

- ¡Oh tú, Siracides, el sabio! ¡Tú, que me escuchas en estos tiempos oscuros que no terminarán! Mi vista se pierde en la inmensa distancia, entre el polvo de los siglos, las edades, los milenios, los cataclismos y en la vibración que me sirve, Siracidas de Egipto; creo que escuchaste, traídas por los vientos, las voces y la canciones, los gritos desesperados de mujeres, niños y hombres que clamaban justicia en vano…; en su dolor por el fallecimiento en esta vida, dejaron templos del pasado y templos del futuro, símbolos abstrusos, ichthys, constelaciones ...

Ya está oscuro, ciertamente te asustará ver mi silueta en las sombras bajo un cielo estrellado. Puedes retirarte. Esperaré hasta mañana cuando el nuevo sol ilumine mi rostro perpetuo. Luego, si es tu voluntad, continuaremos hablando, aunque yo soy la que habla.

Recuerda que continuaré aquí como testigo eterno para continuar viendo hombres y edades hasta la Eternidad, y hasta que llegue el día en que todos seamos polvo de estrellas (este es nuestro origen). Mientras llega este momento, aquí estaré para guiarte si me necesitas.

Reitero: no hay tiempo para mí. Sin embargo, para ti sí, porque desde el momento de tu nacimiento tu muerte ya ha comenzado. Por esa razón, no debe desperdiciar tu tiempo. Yo, la Esfinge, tengo el poder de seguir viendo pasar los tiempos nefastos esperando con serenidad y templanza hasta que lleguen otros loables. No está en tu naturaleza hacer lo mismo porque tus huellas se han contado desde mucho antes de que tus padres lo pensaran.

Los días helados vendrán desde la penumbra y desde el silencio rancio dentro de los museos, laboratorios y bibliotecas que contienen fragmentos de lo eterno, así como en las concepciones de terrenos cerrados para los infieles, en el futuro de necias opiniones, viles, ofensivas y corazonadas propias de la condición humana. Para cuando todo esto suceda, debes resistirte porque te elegí, y los necesitarás como nunca antes.